

Bajamar

Desde el principio de mi vida, cuando mi padre estudiaba cirugía en la Universidad Latina; cuando vivíamos en Lourdes en un alojamiento proveído por la escuela; antes de la crisis nerviosa de mi madre después del nacimiento de mi hermana y cuando mis padres decidieron mudarse, siempre había soñado con el mar. Específicamente, una con playa apartada, con arena llena de piedras afiladas y agua gris y azulada. Las palmeras contiguas se mecen bajo el peso del viento.

Hay un río fresco, ondulando por la selva, formando una piscina poco profunda en la arena. Más allá de los labios blancos de las olas, cangrejos bailan sobre el coral negro y poroso. Hay perros, pájaros vibrantes y saraguatos. Hay casas deterioradas, y los retazos de hamacas alrededor de troncos, pero nada más. Soy la única persona allí. El agua empieza a subir sobre mis pies. Puedo oír a alguien, una voz grave y omnipresente. “Te oigo”. Ahora el agua está cerca de mi cintura. Ahora mi garganta. Ahora me despierta. Siempre termina así.

“¡Chico! ¡Adelante! No quiero decírtelo otra vez.”

Eran las 9:30 de la mañana. Domingo. El servicio empezaba a las 10. Pude oír a mi hermana gritando en la cocina.

“Pero papá, Noé no cree en Dios.”

Mi padre golpeaba mi puerta con más fuerza.

“No me importa si Noé cree en Dios o en un conejo mágico que vive sobre un nube rosada. Esta familia va a la iglesia.”

Miré mi cuarto pequeño. Toda mi ropa estaba sucia.

“Papá, no tengo nada para ponerme”.

“Tengo algo en mi armario. Es grande, pero puedes ponértelo. Voy a dejarlo en la mesa de la cocina”

No respondí.

“Espero que me hayas oído. Voy a dejarte aquí. Si no estás listo en dos minutos, y si salimos sin ti, tendrás que caminar. No me importa si llegas tarde. Vas a ir a la iglesia hoy. Y si no...”

Mi padre salió del corredor sin terminar su oración. Me quedé en mi cuarto cinco minutos más, hasta que oí al coche salir. No quería ir a la iglesia, pero la ira de mi padre era peor que la ira de Dios, y estaba seguro de que mi padre existía. Salí de mi cama y busqué sobre el piso unos calzoncillos sucios. Después caminé a la cocina. Mi mamá dejó un mango cortado para mí. Comí el mango y me puse la camisa y los pantalones de mi padre. Con la ropa grande parecía un payaso. Regresé a mi cuarto para coger mis calcetines y zapatos y después salí de mi casa. Empecé el largo camino a la iglesia.

Puerto Viejo era una comunidad linda cerca del Atlántico. Había playas y cabañas y restaurantes; una comunidad que existía en parte para los turistas. Nos mudamos allí cuando tenía 8 años y mis padres abrieron una pensión en la propiedad al lado de nuestra casa. Siempre había gente de varios países, hablando en español roto y preguntando sobre restaurantes buenos o el banco más cercano. Aquel día, un hombre alemán me gritó desde el porche de la pensión.

“¿Sentiste el terremoto esta mañana?”

“No, señor. Son muy comunes aquí”.

“Fue grande”.

“Sí”.

“Sí”.

“Son muy comunes”.

“Comunes, sí. ¡Pura vida!”

“Adiós”.

Continué caminando. Empecé caminando por la calle, pero era tan aburrido. Decidí tomar un desvío a la playa. Cuando llegué a Puerto Viejo, unos años antes, iba a la playa todos los días. Era una experiencia nueva y divertida, especialmente para un hijo de San José. Después de unos meses, la playa cambió a una experiencia aburrida y llena de gente. Pero, durante la misa, estaba tranquila. El cielo era gris y la marea era demasiada baja. Vi partes del arrecife coralino que nunca había visto antes. Me senté en la arena y grité.

“Ey, ¡Dios! ¿Qué haces?”

El viento infló la camisa de mi padre. Las olas se me acercaban, comiendo la parte del arrecife recientemente destapado.

“No es que yo sea ateo. Es más que nunca te había visto. Y nunca he sentido tu espíritu. Y en la escuela hemos aprendido sobre varios dioses de miles de culturas. Si tú eres el único, que pasa con las billones de personas que creen en alguien diferente”.

El agua era demasiado rápida. Unos perros ladraron en el bosque. Me puse de pie.

“¿Y qué pasa cuando morimos?”

El cielo se puso gris. El agua tocó mi pie.

“¿No me vas a responder?”

El viento aumentó. Las ramas palmotearon.

“¡Necesitas mostrarme algo, Dios!”

Miré para abajo. El agua estaba tocando mis rodillas. Un pedazo de madera arrastrada por las corrientes emergió del oleaje. Un papagayo descendió del bosque. Se posó en el tronco.

Abrió su pico.

“Te oigo.”

Después, cuando el helicóptero me encontró, flotando encima de un pedazo de un bote de pesca con “El Arca” escrito encima, el doctor me explicó que fue un tsunami.